

El navegante

Mi amigo Jorge Enrique Guier –persona enorme, cálido humanista– se mudó un día de estos a otro paraje. Asumo que no tan bullicioso y atareado como su barrio, víctima de los trajines de muchos a ninguna parte.

Lo cierto, sin embargo, es que Jorge Enrique demarcó ahí, a un paso de los vaivenes callejeros, su refugio hogareño, el jardín, cuartos llenos de música y libros, pinturas y nobles antigüedades, entes protectores de la vida profunda.

Estos seres cotidianos y hospitalarios deben extrañar –imagino– a su notorio dueño; deben extrañar aquellas subató-

micas ráfagas de aire que él levantaba a su paso.

“Pero, ¿dónde está?”, quizá le pregunte un tomo de poesía a un cuadro situado en diagonal; o una flor al zacate. ¿Dónde? Y la pregunta tiene forma espacial, porque



VÍCTOR J.
FLURY

▼ El alma no muere

–Platón

toda muerte de entrada es ausencia, vacío, fuga de un sitio doméstico.

Anteayer, pasado mañana. Allá por el 91, Jorge Enrique me recomendó *El navegante*, coproducción de Australia y Nueva Zelanda. El filme narra la llegada de la peste a una aldea medieval y de cómo los aldeanos deciden conjurarla a través de los sueños de un muchachito casi mágico.

La plaga se retira, y de nosotros se retiran los esquemas. No sin dejar en cada uno la vaga inquietud –clave de la película– de un viaje por el tiempo. La navegación rumbo al futuro o el pasado, el brinco de un instante al instante nuevo o al pretérito.

Creo que Jorge Enrique hubiera preferido navegar a un punto de anteayer, no de pasado mañana. Igual que Ralph Prendel, personaje de una novela de Henry James, quien vuelve al siglo XVIII a desc-

frar por qué su rostro aparece en un retrato de aquella época y así conocer al pintor de la tela.

Noticias del viajero. Nuestro navegante puede hallarse, pues, próximo en el espacio, aunque en un tiempo remoto. A diez centurias de distancia, calculo; y ya que hablo de hoy hacia atrás, joven hasta lo indecible.

Joven como lo era en vida, las velas desplegadas de su andar dispuesto, su justa sonrisa, su fortaleza, los ojos cargados de ironía. Propietario de una voz que escribía libros y de una curiosa escritura que conversaba con todos en la Página 15.

Jorge Enrique, hombre de Dios y de la inmortalidad, se fue –¡a no dudar!– confiado, tranquilo.

“El alma no muere”, decía Platón. Cambia, navega y navega, se reanuda a sí misma, nunca detiene su marcha. Y a veces, alguna tarde pensativa, recibimos noticias del viajero. Sutil, calladamente, tras el perfume de una cosa, una palabra dicha al azar, la súbita comprensión de una noche estrellada.

Aguardemos.